



CAPITULO VIII

LA SOCIEDAD MODERNA

Movimiento en las clases sociales.—La clase rural: nuevo elemento social.—Pueblo y burguesía.—Cómo fueron reduciendo sus aspiraciones.—Círculos burgueses: su carácter.—La libertad de trabajo.—Sus consecuencias.—Nuevo espíritu comercial.—Carácter de la industria moderna.—Autores coetáneos: su estado de ánimo: cómo pueden juzgar la transformación social.—La Reyniere.—La nueva clase social: los enriquecidos.—La señora de Genlis: sus críticas.—El cambio de maneras y de costumbres.—El divorcio.—Bonaparte «gran reformador moral.»—La impiedad religiosa.—Las mujeres realistas y las republicanas.—Influencia de la mujer en la Revolución francesa: la de Roland.—Las mujeres del Directorio.—Barras.—Juicio de Theremin.—Traje de las mujeres.—Su origen.—Equivocaciones de Lacroix.—Las emigradas.—Los nuevos placeres.—La señora de Genlis y la aristocracia.—El gusto por lo natural.—Caida de lo postizo.—Cuando se restauró.—Las pelucas: su desaparición.—David dibujante de modas.—La señora de Hamelin.—El uso de colantes.—El traje etrusco y el traje ateniense.—Los salones de la República.—El salón de la Roland.—El salón de la Beauharnais.—Los salones thermidorianos.—Salones de los directores.—El salón de la de Staël.—La de Staël y Bonaparte.—El salón de la de Recamier.—Vida de esta señora.—Su amistad con la de Staël.—Su nacimiento.—Su marido.—Relaciones entre Recamier y su esposa.—Bonaparte y Luciano le hacen la corte.—Severa actitud de la de Recamier.—Bonaparte emplea su hermana Elisa para corromperla.—Romanticismo de Luciano.—Amantes platónicos de la de Recamier.—Napoleón persigue de nuevo a la de Recamier.—Enviale á Fouché á solicitarla.—Historia de estas relaciones contada por Guizot.—La de Recamier se niega.—Bonaparte envía á su hermana Carolina.—Nueva negativa de la de Recamier.—Runa de los Recamier: miserable venganza de Napoleón.—La de Recamier y el príncipe Federico de Prusia.—Debilidades de la de Recamier.—Pide el divorcio.—Reconvenciones de su esposo.—Desiste de ello.—Rompe sus relaciones con el príncipe.—La de Recamier y la reina Hortensia.—El salón de la de Recamier durante la Restauración.—Sus nuevos adoradores.—Benjamin Constant y Chateaubriand.—Nuevos quebrantos financieros.—La de Recamier en la *Abbaye aux bois*.—Vehemente pasión de Chateaubriand.—Chateaubriand y Montmorency.—Fúgase la de Recamier á Italia con Ampere.—Regreso y regeneración de Chateaubriand.—Su confesión.—Relaciones de la de Recamier con Ampere.—Su ruptura.—Celos y venganza de la de Recamier.—Vejez y retiro de la de Recamier.—Rehusa casarse con Chateaubriand.—La vida en los salones.—El baile, el canto, el juego, la mesa.—Protección y persecución del juego.—Cómo se fué extendiendo.—Fuente de ingresos en tiempo de Bonaparte.—Los restaurantes y la vida pública.—Su desarrollo y orígenes.—La moda inglesa.—Las reuniones públicas.—La etiqueta.—La clase sacerdotal.—Su desaparición.—La confesión de clases.—El porvenir.

DRECE años cuenta la República francesa cuando ya Bonaparte ha decidido acabar con ella. Antes de verla desaparecer, y puesto que ha sido necesario conceder al movimiento político la delantera, veamos lo que fué durante la república la sociedad á la que más de una

vez hemos tenido que hacer alusión y hasta indicar algunos de sus caracteres.

De 1789 al 27 de Julio de 1794, es decir, hasta el fin del Terror, el 9 thermidor, todo es confusión en la vida social. Mientras una parte de la aristocracia se encierra en sus castillos y palacios, y se

aisla, otra se abre á las clases medias, hasta á las populares y se confunde con ellas. Las clases medias sufren también igual modificación; mientras una parte de ellas permanece aliada á los señores y aspira á confundirse con ellas en la medida de lo posible, siéndoles fieles y afectando como en otro tiempo sus gustos y sus maneras, la otra se entrega á la revolución y se confunde con las clases populares.

En las clases populares sucede lo mismo. Una parte de ellas continúa sierva y sumisa. La revolución, á pesar de sus grandes tempestades, no ha podido comoverla, continúa adscripta al suelo; no quiere ganarse el pan sino recibirlo de mano de sus amos, y llora la muerte de éstos y se considera perdida cuando ve desaparecer á sus bienhechores tradicionales. La otra rompe las vallas que la separaban de la clase media, de la burguesía, declara libre el trabajo, se apodera de los clubs, influye en la marcha política, pero en su inexperiencia atropella por todo, y su ignorancia mayor que su intuición de los hombres y de las cosas, hace de ella el Saturno revolucionario.

Durante, pues, el movimiento de todas esas clases, de sus idas y vueltas, nadie se conoce, nadie se distingue, porque todo lo que se mueve, ó es para regimenterse para que nadie dude de su civismo y de su amor por la igualdad, ó para resistir á todo trance al pandemonium revolucionario.

Cuando la paz se hizo sobre las tumbas de los que se habían llevado á ellas el antiguo régimen, se notó que la alta nobleza lo mismo que la alta burguesía habían desaparecido por completo; el cadalso, el destierro, la emigración, los asignados, la venta de los bienes de los emigrados y de los guillotizados habían acabado materialmente con todo lo que en Francia sobresalía.

Dos grupos se distinguían, sin embargo, como constituyendo junto con el elemento militar las bases del nuevo orden social.

Un pueblo nuevo, el pueblo rural creado por la revolución, que había hecho de 500.000 proletarios otros tantos pequeños propietarios. Estos llevaron desde luego á la vida social una buena parte de sus virtudes. Su espíritu de economía y de obediencia. El respeto por las gerarquías, la sumisión á la autoridad sea la que fuera. Por esto durante el período de las agitaciones de la calle y de los clubs fué todo posible, y de la misma manera continuó siéndolo durante el período de los golpes de Estado. Por esto fué siempre imposible la restauración, porque para aquella masa era el único elemento que

perturbaba el orden social establecido. ¿Acaso la restauración no exigía la devolución de los bienes de la Iglesia y de la nobleza vendidos y que ellos aprovechaban?

Constituía el otro grupo la parte que luego se llamó sensata y morigerada de la burguesía, la que se asustó desde el primer día de los excesos de la revolución, la que se retiró á sus casas esperando el día de mañana bien convencida durante más de veinte años que había de ser el día tremendo del castigo, siendo esto consecuencia de que en su pavorosa vida fuera cada vez más reduciendo sus aspiraciones, limitándose sólo á leer libros piadosos y diarios insulsos, y á no gozar de otras diversiones que de las públicas, de aquellas que no costaban un céntimo, porque no sabía qué sería del día de mañana.

Limitadas las relaciones de ese grupo social, reducidas las que entre sí mantenían á lo más preciso para cumplir los principales é inmediatos fines de la vida, en sus círculos si no reinaba la monotonía y el fastidio era porque en su pasividad lo contrario hubiera sido una perturbación.

Como agrupaciones particulares é individuales, hacíase notar, desde luego, la que nació armada de pies á cabeza por el mero hecho de la abolición de los gremios.

Decretada la libertad de trabajo, aquella antigua probidad del término medio de los mercaderes, probidad obligada por los reglamentos que imponían severas reprensiones á los que vendían gato por liebre ó á mayor precio del debido, porque hasta se regulaba lo que era lícito ganar, desapareció, para dar lugar á legiones de industriales y de mercaderes activos, que tuvieron que ganarse á un tiempo la parroquia y el crédito. La industria moderna fué creada por estos hombres, que ya, no pedían á las fábricas ni á los talleres el producto de un trabajo concienzudo, esos vestidos, joyas, útiles, etc., que pasaban de una familia á otra casi sin más ultrajes que los del tiempo, y que todos hemos conocido, si no esos productos de la moda destinados á vivir un día, que son la fuente más poderosa de la especulación, del movimiento de los capitales, y por consiguiente de la riqueza, aun cuando se produzcan mayores cataclismos que antes, por lo mismo que el movimiento es ahora mayor. Recuérdese que si antes se derrumbaba una galera, á lo sumo podían perecer cuarenta personas. Ahora, si se derrumba un tren pueden morir cuatrocientos. Y sin embargo, aun con este mayor mal nadie pide volver al tiempo ni siquiera de las diligencias cuanto más al de

las galeras. Si alguien suspira por los tiempos pasados, es por la cuenta que les traía.

Esto se ha de tener presente al querer aprovechar, para describir la nueva sociedad, los testimonios de los que la vieron nacer, porque en medio de tan grande y de tan repentina transformación, más que difícil, era imposible juzgar lo que venía por sus comienzos. Tanto se valdría querer por el niño recién nacido juzgar lo que será aquel niño hecho hombre. Así quién no ve que hay evidente exageración en decir con Grimod de la Reyniere en el *Censor dramático* de 1797 que todo ha cambiado de puesto, «las riquezas, los empleos, el poder, la consideración,» y «que sólo el saber y la virtud continúan en donde estaban antes.» ¿No es esto evidentemente falso? ¿Quiénes más virtuosos que Desmoulins y su familia? ¿Quiénes más entendidos ó sabios en las cosas de la guerra que Bernadotte, Jourdan, Ney y tantos otros hijos de las clases bajas? ¿Quién en otro orden de conocimientos más sabio que el conde de Pelusa? ¿Y quién conoce á este sabio conde de Pelusa por su nombre? En cambio, ¿quién no conoce por su nombre plebeyo al ilustre Monge?

Pero dejando á un lado la exageración es evidente que la Reyniere tenía razón fijándose en el mundo de los que en un momento pasaron de la miseria á la grandeza, de los más humildes á los más altos puestos. Pero en el mundo de lo grande no creemos que estuviera ocupado por entero por los pobres enriquecidos quién sabe cómo, ni por los petulantes que siempre eleva toda revolución. Esta tuvo á sus órdenes marqueses como Lafayette, Condorcet y Barras; y sacerdotes como Sieyes, Gregoire y Talleyrand; y hombres millonarios que murieron en el cadalso como girondinos ó jacobinos, ó bajo el puñal de los asesinos realistas como el filántropo Lepelletier. Si nosotros decimos todo esto, es porque aún hoy se escriben obras por los hijos de los héroes de la revolución para presentar ésta como la obra y como el triunfo de la canalla.

No contaremos ahora nosotros todos los disgustos que la señora de Genlis, que tantas veces hemos citado, tuvo que sufrir para reconquistar parte de sus bienes patrimoniales al regresar de la emigración. Ella misma lo ha revelado en sus *Memorias* tantas veces extractadas por nosotros, y, sin embargo, los que se apoderaron de sus bienes fueron su tía la señora de Montesson, y un Noailles su pariente. De éste y de otros muchísimos ejemplos de igual índole no sacaremos nosotros la prueba de que las familias de los emigrados eran cuadrillas de ladrones. Diremos sólo que en aquellos perturbados

tiempos el nivel moral no estaba en ninguna clase, sino en los individuos.

Si de Mirabeau, si de Danton, si de Buzot y de Chabot y de muchos otros se ha sospechado, y se ha probado de algunos su inmoralidad, de la inmensa mayoría de los hombres públicos que se elevaron en aquellos días del Terror nada se ha dicho contra sus virtudes públicas y privadas. ¿Se ha podido acaso arrancarle á Robespierre su título de *Incorruptible*? ¿Saint-Just, que tan joven murió, no purificó por completo su vida al hacerse revolucionario?

Repetimos que no creemos digno de examen detallado lo que tanto preocupa á los detractores de la revolución, á saber, el cambio de maneras y de costumbres de la nueva sociedad. Cuando se dice, como Lacroix, que al establecerse el divorcio, en París se pronunciaron durante los quince primeros meses 5.994, para hacerse apenas sensible dicha ley en 1816, fecha de su abolición, ¿no se dice que la gran masa de los divorciados son los casados del antiguo régimen? ¿Pero qué diremos de presentarnos á Bonaparte «como el gran reformador moral?» ¿No es éste el amante y luego el marido y después el esposo divorciado de Josefina, á quien continúa luego de casado con María Luísa visitando á hurtadillas y á quien no cesa de reprender sus devaneos, no por moralidad sino por celos? ¿No es Bonaparte quien entregó á su hermano Luís por esposa á Hortensia Beauharnais, la hija de su esposa que Luís se negó constantemente á admitir hasta que tuvo que ceder á la fuerza, divorciándose de ella más tarde, y todo por creer que había sido la amante de su hermano, la rival de su madre, como más tarde fué la amiga de los artistas que compusieron su corte al separarse Luís de ella, y cuyas virtudes no se han celebrado sino cuando reinó su hijo Luís Napoleon III? ¿Cómo hablar «de la sed immoderada de goces y de placeres sensuales» de los hombres de la revolución, cuando para juzgar «al gran reformador moral» tenemos las *Memorias* de la señora de Remusat que tan al vivo pintan al hombre brutal en todos los sentidos?

Después de lo que hemos dicho de Chaumette y de los ateos revolucionarios, podemos decir «que la impiedad estúpida y monstruosa, que proclama la destrucción completa del culto católico,» tiene por padres á un cardenal de Rohan, y á un obispo de Autun, á un Talleyrand, que una vez pudo colgar sus hábitos episcopales, no hubo fuerza humana capaz de hacérselos vestir de nuevo.

La irreligiosidad de la época y el indiferentismo religioso nos son conocidas en sus antecedentes y